

## **DOMINGO TERCERO DE ADVIENTO**

**1ª lectura** (Isaías 61, 1-2a.10-11): *El Señor me ha ungido.*

**Salmo** (Lc 1, 46b-48.49-50.53-54): *«Se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador»*

**2ª lectura** (1ª Tesalonicenses 5, 16-24): *Sed constantes en orar.*

**Evangelio** (Juan 1, 6-8.19-28): *Allanad el camino del Señor.*

*Cuando un problema afecta a las personas, a su dignidad y crecimiento, es síntoma de que la sociedad está gravemente enferma y necesita con urgencia iniciar su sanación, que ha de ser radical y global, abarcando a las personas, a las estructuras e instituciones. El acertar en las propuestas y en su prioridad no es nada fácil, se necesita unos criterios de discernimiento que de modo general nos los presenta el evangelio: «por sus frutos los conoceréis».*

*En la raíz de la actual situación se encuentra el “ídolo dinero”, el becerro de oro, que siempre ha estado presente en la historia de la humanidad. A este ídolo y a sus funestas consecuencias se ha referido el papa Francisco: «En este mundo actual, en que estamos viviendo en la feroz idolatría del dinero, se da una política mundial muy impregnada del protagonismo del dinero. Quien manda hoy es el dinero. Esto significa una política mundial de tipo economicista sin ética que la controle; un economicismo autosuficiente y que va organizando las pertenencias sociales de acuerdo a estas conveniencias. ¿Qué sucede entonces? Cuando reina este mundo de la feroz idolatría del dinero, se concentra mucho en el centro; las puntas de la sociedad, los extremos (ancianos y jóvenes), son mal atendidos, son descuidados y son descartados» (Jornada Mundial de la Juventud, Brasil).*

*Uno de los frutos funestos de este ídolo es matar la esperanza, pues privados de esperanza, ya no hay ninguna razón para luchar por un mundo mejor y se acepta, sin discusión, la situación. De aquí la necesidad de mirar la crisis en clave de esperanza, y que la comunidad creyente sea lugar de curar heridas reviviendo el carisma profético.*

Desde la mirada de Dios el sufrimiento del pueblo no es algo fatal, se convierte en “*signo profético*”. Se está dando una denuncia muy generalizada, que no brota de unos principios o declaraciones doctrinales, sino de la indignación que emana de la experiencia, de que la situación resulta insostenible; es una denuncia mucho más visceral. El sistema opresor y marginante, por el contrario, nos quiere hacer ver que las cosas van estupendamente.

Por eso, la toma de conciencia del sufrimiento infringido injustamente y su manifestación pública es el primer paso para recobrar la salud de la sociedad, en expresión bíblica, la conversión personal, social y estructural. La historia de la liberación del pueblo de Dios comenzó con ese grito y clamor del pueblo (Ex 3,7).

Una constante en la Biblia es que Dios nunca abandona a su pueblo y que actúa en la historia. Línea que es recogida por Juan Bautista y por Jesús de Nazaret. Tarea clave del profeta es reanimar la esperanza del pueblo en el amor de Dios y a ayudarlo a descubrir los signos de su presencia.

Así, un gran servicio al mundo actual, de modo especial, al pueblo empobrecido, sumido en profunda oscuridad y herido gravemente en su esperanza, podría ir en esta dirección, penetrar con los ojos de la fe la oscuridad y ayudar a descubrir los signos de vida y de esperanza que está generando el Espíritu de Dios, hoy, en la humanidad.

En la situación actual dos experiencias están ocultando el rostro de un Dios salvador: la “*crisis religiosa*”, provocada por la idolatría del dinero, y la “*injusta situación*” de quienes se ven excluidos de una vida digna por la dinámica de un desarrollo que favorece solo a los más poderosos.

En esta situación, **¿cómo anunciar el Evangelio como una Buena Noticia para los pobres?** Este es el reto que se le presenta a la Iglesia. Y **¿cuál ha de ser el perfil del cristiano?** Un rasgo según los textos bíblicos es que el cristiano no solo ha de ser honrado y bueno, sino sobre todo ha de ser “*lúcido*” y “*utópico*”, es decir, ha de ser portador de esperanza, que crea, y por cuya causa vive, que no solo es posible, sino que ya está brotando un nuevo mundo. También sabe que ha de chocar con los sabios de este mundo, que le acusarán de irrealismo, de utópico, de soñador y de iluso, pero no es ingenuo, conoce la realidad y la experimenta.

Aquí radica la originalidad de la imaginación profética: no se pregunta si es realista, porque dicha pregunta le encierra dentro del sistema opresor, enemigo de todo cambio y de toda pregunta que suponga cambio, sino que se apoya en el realismo de la fe en la promesa de Dios: **«No tengáis miedo, yo estaré con vosotros»**. La vida de cada creyente es una pequeña historia de esperanza en la gran historia de la humanidad.